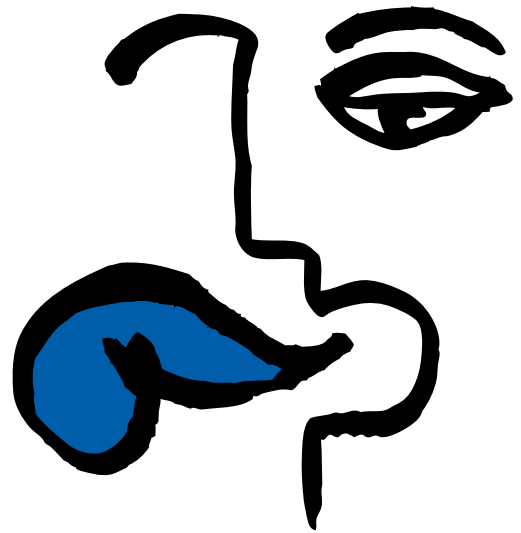


La voz de la justicia

Aminadab Rafael Pérez Franco



Dentro de seis semanas, el próximo 17 de noviembre, se cumplirá el centenario del natalicio de don Miguel Estrada Iturbide. Y para recordar el legado de este mexicano ejemplar, hay que decir de inicio, que en la historia del Partido Acción Nacional, Estrada Iturbide junto con Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna, conforma la triada de los grandes fundadores del partido.

¿Por qué es tan importante Estrada Iturbide en la historia de Acción Nacional? Cabe preguntarlo porque su trayectoria política no se realizó en la capital de la República en los tiempos del centralismo; porque no dejó una abundante obra escrita que hoy sea referencia próxima; porque su único cargo de elección fue la diputación federal que desempeñó de 1964 a 1967.

Si nos atuviéramos sólo a esos datos con los que en la actualidad suele medirse el grado de éxito de un político, la obra de Estrada Iturbide parecería modesta y sería una exageración situarlo entre los más destacados fundadores. Pero el ejercicio de recuperar a este personaje histórico debe llevarnos a verlo situado en su tiempo y advertir la grandiosa dimensión con la que él ejemplifica la lucha democrática de Acción Nacional.

Castillo Peraza dijo alguna vez que Gómez Morin “miró”, fue quien tuvo la visión y el empeño. Jorge Alonso, a su vez, dijo que González Luna “pensó”, ya que fue quien aportó la reflexión y la definición de los fines últimos. Estrada Iturbide “habló” y con su palabra diáfana nos explicó la doctrina, nos convocó a la lucha, razonó la exigencia democrática, confrontó a la imposición, condenó su barbarie, y describió al México que debíamos cambiar, al esbozar, al mismo tiempo, cuál era el que anhelábamos tener.

Serían muchas las facetas que podrían describir al ser humano Estrada Iturbide. Sólo me referiré a una de ellas, a esa capacidad extraordinaria, a la cual podría llamársele la voz de la justicia. Orador por antonomasia, pues fue la palabra hablada su herramienta esencial: en la tribuna o en la conversación; quienes lo escucharon o lo trataron, nos obsequian un caudal de anécdotas que subrayan la solidez de sus expresiones, la nitidez de su oratoria, la claridad de sus ideas; una evidente conjunción de cualidades innatas con el paciente desarrollo de habilidades indispensables del político; una voz privilegiada aunada al estudio constante del derecho y la filosofía social; una presencia imponente subrayada por la expresión valiente de quien atesora las razones y el valor civil para alzar la voz en defensa de lo verdadero y lo justo.

Estrada Iturbide fue, como mencionaba Efraín González



Luna, voz y servicio de la verdad, inflexiblemente fiel a su alta misión, concededor del lenguaje y poseedor de un estilo. Y como si todo lo anterior no fuera garantía, Estrada Iturbide siempre se tomaba un buen tiempo para la preparación de sus discursos; en ocasiones importantes jamás llegó a improvisar a la tribuna. Nunca balbuceó cuando, por las circunstancias, se veía obligado a decir unas palabras porque se ocupaba constantemente de conocer los temas. Bajo cualquier caso los auditorios le prestaban atención. Y están ahí las referencias, en las campañas del PAN, en las reuniones del partido, en el Diario de los Debates de esta Cámara de Diputados.

Estrada Iturbide era una voz de doctrina. En la tribuna expresó siempre un pensamiento firme, claro, al mismo tiempo tradicional y moderno, porque conjuntaba los valores inmutables con la búsqueda del porvenir. Cuando releemos o escuchamos sus discursos encontramos expresiones que mantienen gran vigor y actualidad.

Ello, a pesar que don Miguel a lo más que llegó fue a definirse a sí mismo como “trabajador de la primera hora” –siguiendo en ello a Santa Teresa en cuanto a que la humildad es la virtud necesaria–. Lo cierto es que sus expresiones fueron siempre –usando sus propias palabras– la confirmación de que la esencia vital de Acción Nacional se mantiene intacta y que va adaptándose y haciéndose sustancia para responder a las exigencias del acontecer histórico.

Estrada Iturbide era también una voz sustentada en la realidad. Un discurso que hundía sus raíces en los datos más dramáticos de la situación de México, lo cual le permitía contrastar las expresiones que pecaban de optimismo o de falsedad del régimen y sus rémoras de aquel entonces.


El 27 de octubre de 1964 se suscitó un debate en el cual los diputados del PRI y del PPS se pronunciaron en contra de las “elevadas” cuotas que –decían– cobraban las escuelas particulares del país; propusieron que

llo ni adorno para el discurso, sino parte sustancial de la argumentación.

En uno de los festejos de aniversarios del partido, don Miguel rescató, por ejemplo, aquel mensaje memorable del gran abogado, maestro y fundador de Acción Nacional, don Toribio Esquivel Obregón, la cual tanto le gusta repetir en nuestros días al diputado Rodríguez Prats: “un mal político es el que piensa en la próxima elección, un buen político es el que piensa en la próxima generación”, y lo rescató para dar la bienvenida a los jóvenes a quienes llamó “la nueva generación de Acción Nacional”, esa que custodiaría las esencias y no perdería el “ser” en el “hacer”, pues estaba llamada a conseguir la perfección “del ser” en “el hacer”.

Cuando abordó en septiembre de 1984 el tema de la historia del partido, no sólo ofreció una breve y detallada descripción de la trayectoria histórica del PAN sino además hizo un balance y a la vez un llamado:

“En este medio siglo encontramos grandes satisfacciones y también pruebas muy duras; se ha vivido con los altibajos inevitables con los que han vivido todos los hombres y todas las organizaciones humanas, con riesgos de muy diversa índole... tenemos la obligación de pelear... tenemos la obligación de que la derrota no nos acabe, no nos derrumbe, no nos pulverice... Aquí está Acción Nacional con todo lo que ha sido, con



el tema se abordara como de “urgente” y obvia resolución, no porque la mayoría del pueblo se viera afectado por el problema, sino como ocasión para lanzar un feroz ataque contra los enclaves de la libertad de educación e insistir en el proyecto de monopolio educativo en manos del Estado. Fueron pocas las palabras que Estrada Iturbide necesitó para refutarlos:

“Se ha hablado aquí del clamor nacional contra las cuotas altas. Con todo respeto yo no lo he oído, tanto así como clamor nacional, no lo he escuchado. Me he dado cuenta en las campañas electorales, esas que ustedes recordaban, del clamor terrible de los pequeños poblados mexicanos en que la escuela es un cuarto redondo, casi en ruinas y en que un pobre maestro, con el mejor de sus propósitos, se enfrenta con ciento cuarenta y tantos alumnos... Esos pequeños poblados rurales donde la escuela sólo llega al segundo o tercer grados y quienes quieren seguir estudiando deben caminar largos caminos, a veces difícil-

les, para acabar siquiera el sexto grado de su educación primaria. Todo esto es rigurosamente cierto...”

Y sí, Estrada Iturbide condenó que algunos pretendieran convertir a la educación en comercio y pidió castigo a quienes abusaban, pero no que justos, tantos justos, pagaran por pecadores.

Estrada Iturbide era también una voz con historia. Sus profundos conocimientos le permitían no sólo emplear argumentos doctrinarios y de filosofía social, sino además respaldarlos con datos sustantivos de los episodios y la historia nacional.

Sus intervenciones traían al momento una y otra vez las expresiones de Fray Servando Teresa de Mier, Mariano Otero, Ponciano Arriaga, Paulino Machorro, Manuel Herrera y Lasso, Felipe Tena Ramírez, Emilio Rabasa, Antonio Caso, Manuel Gómez Morin y las de los primeros diputados de Acción Nacional, por mencionar sólo algunas. Citas que no eran re-

todo lo que fue, pero sobre todo, con todo lo que puede ser, lo que fervorosamente deseamos que llegue a ser, que logre esa fidelidad con su propia identidad, que rectifique lo que haya que rectificar... que no se dejen desviar por esos apetitos, por esos prontismos que a veces nos deslumbran”.

Es preciso decir también que Estrada Iturbide fue una voz crítica. Una voz de esas que jamás se doblegaron ante poderosos sinvergüenzas, ni se dejaron llevar por la facilidad de sembrar confusión o calumnia. Por el contrario, fue implacable con las expresiones soberbias de un régimen hipócrita, caracterizado por la distancia entre las palabras y los hechos.

Era el 4 de noviembre de 1943 cuando Estrada Iturbide pronunciaba, en el Frontón México, la primera exposición de un Ciclo de Conferencias organizado por el Comité Regional del Distrito Federal, titulada: “Representación y usurpación” cuando en certera expresión sentenció: “El régimen carece de ética política y sus miembros han abandonado los principios revolucionarios, porque los usurpadores son las gentes incapaces de ser blancos o rojos, y que se deslíen en un suave color de rosa... Señores, creo que es el momento de que este régimen, esencialmente color de rosa, se vuelva blanco o rojo...” Y el régimen desde luego que prefirió el color rosa, pero prohibiendo al Regional seguir adelante con las confe-

rencias, orden que desde luego el PAN no cumplió.

Y esta dura crítica tiene su origen en lo sucedido en el Colegio Electoral de 1943 que Calderón Vega preserva en las *Memorias del PAN*: “El periódico *Novedades* llegó a comentar: ‘con verdadero coraje e indignación los de Acción Nacional se enteraron de que media hora después de esos ofrecimientos (de que los panistas pudieran acudir a defender sus casos), el Colegio Electoral reconocía como buenas las elecciones de más de 90 representantes, entre ellos, varios de los distritos donde el PAN presentó candidatos, incluido el de Morelia, donde el licenciado Miguel Estrada Iturbide presentó una documentación impecable...”

Y lo impecable, no era otra cosa que la denuncia puntual de las diversas violaciones contra la Constitución y a la ley electoral cometidas durante la elección federal del 4 de julio de 1943, primera en la que participaba Acción Nacional con candidatos propios a la Cámara de Diputados.

En el debate político y parlamentario don Miguel no daba concesiones; “ponía el dedo en la llaga” y combatía con razones sólidas las posiciones opuestas. Fue esta la cualidad que le permitió, en un memorable debate que tuvo lugar el 30 de diciembre de 1964, refutar la demagogia con la que por décadas lucró aquél otro miembro de los siete sabios: Vicente Lombardo

Toledano. Se discutía entonces una iniciativa de ley que proponía restablecer la reelección consecutiva de los diputados federales, cito:

“Debo comenzar esta exposición haciendo una rectificación a una alusión del señor diputado Lombardo. Decía que quienes estuviésemos contra el dictamen, estaríamos forzosamente a favor de que se mantenga el sistema vigente. Eso no es cierto. Aquí, en esa afirmación, si hay cierta carencia de lógica, se puede disentir del dictamen por múltiples motivos... se puede estar en contra porque se mantenga el sistema vigente... se puede estar en contra porque se quiera la reelección irrestricta...”

Y planteando la verdadera cuestión dijo: “No hay ninguna razón válida de orden doctrinario que pudiera justificar, así fuese de lejos, la no reelección del Parlamento... no existe ningún antecedente anterior a 1933 en la historia política de México, en su historia constitucional y jurídica, en donde pudiéramos encontrar un vestigio de prohibición de la reelección de los diputados y senadores de la República... no hay ninguna referencia a este respecto... la reelección de los miembros del Poder Legislativo no encuentra en su contra, sino la reforma de 1933, esa reforma que ha sido calificada en forma sumamente dura por uno de nuestros grandes constitucionalistas (quien) la llamó reforma de primarios, de aquellas gentes a quienes el ár-

bol les impide ver el bosque; una reforma completamente desacertada...”

Estrada Iturbide fue, finalmente, una voz de esperanza. En el prólogo que escribió, dentro de lo poco que escribió, al libro de Manuel Gómez Morin *1915 y otros ensayos* fechado en julio de 1972, Estrada Iturbide nos regala una de las más elogiosas expresiones que se hayan hecho jamás sobre el fundador del PAN:

“Don Manuel... amó siempre con renovado amor. Amó todo lo que merece ser amado: la verdad y la libertad; la justicia y el derecho; la rectitud y la lealtad, el decoro, la responsabilidad, el trabajo y hasta la fatiga, la “dramática sinceridad consigo mismo”... Amó el hogar, la familia, la amistad sincera. Amó a México visceralmente; lo amó en su realidad total, en sus luces y en sus sombras, en sus aciertos y en sus desvíos, en sus dones y en sus carencias, en sus miserias mismas; lo amó... inmerso en el formidable devenir de la historia. Todo lo vio con mirada amorosa... por eso nosotros lo admiramos, lo respetamos y lo quisimos, como a muy pocos es posible admirar, respetar o querer...”

Miguel Estrada Iturbide fue un mexicano ejemplar. Un michoacano prodigioso cuya genuina dimensión humana apenas esboza levemente esta exposición. Como voz de la justi-

cia, su vida resulta para nosotros un ejemplo de la fecunda herencia que la trayectoria política de Acción Nacional ha legado para nosotros, los panistas de hoy. Su espíritu es nuestro pasado que sobrevive, pese a que en ocasiones el desconocimiento de su biografía suscite menosprecio u olvido.

Es por ello que en víspera del centenario de su natalicio, la Fundación que lleva su nombre ha hecho un esfuerzo para recuperar su genuina dimensión como ciudadano, como abogado, como creyente y como panista fundador; porque su ejemplo es fortaleza en momentos de dificultades y de retos, como los que el PAN vive hoy; esta actualidad nuestra en la que los fundadores ya no están presentes y corresponde, entonces, a los panistas de hoy definir cómo se construye la vida democrática siguiendo los principios que han inspirado siempre el cumplimiento de la misión del partido.

El mejor homenaje que Acción Nacional puede rendirle a Estrada Iturbide, rebasa por mucho la solemnidad de este acto y el recuerdo mismo del centenario de su natalicio. El Partido Acción Nacional y su Grupo Parlamentario en la Cámara de Diputados queremos que la memoria de Estrada Iturbide se reincorpore vitalmente en la realidad actual del partido. Homenaje digno que no inicia ni acaba hoy, que es permanente, porque en él estamos empeñados siempre.

Y este homenaje requiere que el partido hable; que se apodere nuevamente de la palabra; que exponga sus razones como primera fuerza política del México democrático, pésele a quien le pese; que encabece el futuro de México, porque así es como se garantiza que el porvenir sea en democracia, con justicia y libertad.

Que así como hubo fundadores quienes delinearon el proyecto de partido y le dieron rumbo a la tarea opositora que nos llevó a conquistar la vida democrática, se requiere que existan hoy nuevos fundadores, capaces de delinear el proyecto de partido exitoso en la competencia democrática y que le den rumbo desde el gobierno y desde el parlamento para que lo antes posible podamos edificar al México ordenado y generoso que sigue pendiente de hacerse realidad.

Termino compartiendo con ustedes la expresión que hace unos días nos compartía al diputado Espinosa Piña y a este servidor, el ex presidente estatal del PAN en Michoacán, don Carlos Guzmán Guerrero, cuando lo entrevistábamos en la Morelia ensangrentada. A él le hice la pregunta con la que inicié esta tarde: ¿Por qué es tan importante Estrada Iturbide en la historia de Acción Nacional? Lo pensó un poco y nos dijo con voz suave: “Miren, líderes políticos puede haber muchos... pero fundadores no...” 